

La esperanza en una época de desesperanza

por fray Albert Nolan OP

Lección magistral dictada el 15 de noviembre de 2008 en Johannesburgo por fray Albert Nolan con motivo de su nombramiento como Maestro en Sagrada Teología. Este grado honorífico es concedido por el Maestro de la Orden de Predicadores a frailes que se han destacado por su contribución al pensamiento teológico. Albert Nolan, dominico sudafricano, fue elegido Maestro de la Orden en el Capítulo General de Roma en 1982, pero declinó el cargo con anuencia del propio Capítulo debido a su participación en ese momento en la lucha contra el apartheid. Ha publicado numerosos libros de los cuales los más conocidos y traducidos a nuestra lengua son Jesús, antes del cristianismo ¿Quién es este hombre? y Jesús, hoy. Una espiritualidad de libertad radical.

La teología con la que otros y yo nos hemos estado comprometido en Sudáfrica ha sido descrita como *teología contextual*. Las cuestiones teológicas con las que lidiamos eran cuestiones que surgían de nuestro contexto social, el cual era en buena medida el contexto social del *apartheid* y de la lucha contra éste. El contexto actual es diferente – muy diferente. Es mucho más complejo y no resulta fácil analizarlo ni definirlo.

Con todo, una característica notable de nuestros días en el mundo entero y particularmente en Sudáfrica es la *desesperanza*. Vivimos en una época de pérdida de la esperanza. Durante siglos había-

mos experimentado esperanza y optimismo de uno u otro tipo – político, económico, científico, religioso. Ahora de pronto casi todo el mundo se halla hundido en un estado de desesperanza. Éste es nuestro nuevo contexto o al menos el estado de ánimo sentido más profundamente en nuestros días.

En este contexto justamente es en cual somos llamados como cristianos, con palabras de la Primera Carta de Pedro, “a dar razón de la esperanza que hay en nosotros”.

Comencemos por un breve análisis de la esperanza de otros tiempos que ahora ha dado paso a la desesperanza de estos días.

Nuestra época de desesperanza

El siglo XVII en Europa dio origen a un gran arrebatado de optimismo. Se le llamó *Edad de la Razón*. Los filósofos y científicos de esa época rompieron con el autoritarismo de la iglesia y, valiéndose de la sola razón, se tornaron optimistas entusiastas de lo que llamaban “progreso humano”. Estaban convencidos de que, apoyándose en la razón y en el pensamiento científico, la humanidad llegaría a ser capaz de resolver sus problemas.

Paso a paso este sueño fue convirtiéndose gradualmente en una pesadilla. Hubo ciertamente muchos logros y beneficios, pero una vuelta tras otra los seres humanos se tornaban irrazonables, crueles y egoístas. La Revolución Francesa y la Revolución Rusa acabaron siendo violentas y opresivas. La Alemania nazi se hizo totalmente inhumana. El colonialismo lo fue todo menos razonable y progresista. Muy pocos son hoy en día quienes aún creen que la ciencia, la tecnología y la razón por sí solas resolverán todos nuestros problemas.

En Sudáfrica se generó una gran esperanza por la lucha para dismantelar el *apartheid* y el éxito que se tuvo, por los acuerdos negociados,

por la transición más o menos pacífica a la democracia, por nuestra nueva Constitución y por el liderazgo carismático de Mandela. Pero de entonces a esta parte nuestras esperanzas se han mermado gradualmente; hoy en día el estado de ánimo sólo puede describirse como desilusión y desesperanza. Hay, por supuesto, excepciones: algunos conservan la esperanza.

Hace un tiempo millones de gente en todo el mundo basaron su esperanza en el desarrollo de un mundo socialista de equidad y participación. Pero a medida que los gobiernos comunistas en Europa del Este y la Unión Soviética se fueron tornando totalitarios y opresivos, y llegaron al colapso en un momento dado, esta esperanza se derrumbó.

Se presentó luego la era esperanzadora de la expansión capitalista con la *economía de libre mercado*. El mercado vendría a resolver todos nuestros problemas con tal no interferir en él ni regularlo. La perspectiva de un crecimiento económico ilimitado y de un desarrollo económico en todo el mundo produjo un acrecentamiento asombroso de la esperanza.

Esto duró algún tiempo. Pero ahora esta burbuja también reventó con la caída de los bancos y el debilitamiento de la economía porque el mercado nos engañó. Para algunos ésta es otra razón para desesperar, sobre todo porque los pobres se harán más pobres más rápido que antes.

En la iglesia hay también un sentimiento creciente de abatimiento. El Concilio Vaticano II infundió en muchos de nosotros un entusiasmo esperanzador acerca del futuro de la iglesia. Parecía como si estuviésemos alejándonos de una iglesia autoritaria y jerárquica y yendo hacia la libertad radical de Jesús y el Evangelio. Pero de entonces a la fecha los logros del Concilio han sido socavados y revertidos lenta e inexorablemente.

Añádase a esto los escándalos sexuales y la manera como han sido solapados por la iglesia, aunados a la actual falta de vocaciones al sacerdocio y la vida religiosa, y se tendrá una receta para la desmoralización y la desesperanza.

La esperanza cristiana

Para un cristiano la esperanza *existe*, siempre la habrá. En palabras de Pablo, nosotros esperamos contra toda esperanza, es decir, nos mantenemos firmes en la esperanza aun cuando no parezca haber en absoluto signos de esperanza.

¿Por qué? Porque nuestra esperanza no se apoya en los signos. Nuestra esperanza se apoya en Dios y únicamente en Él. Nosotros ponemos toda nuestra esperanza y confianza en Dios, al menos tratamos de hacerlo así.

Pero, ¿qué significa tener toda nuestra esperanza y confianza puestas en Dios? Esto, quiero plantearlo así, es la cuestión teológica clave de nuestros días. Es una cuestión particularmente difícil porque para mucha gente hoy en día Dios está muerto o es irrelevante, un concepto que carece de sentido. Para muchos poner su esperanza y confianza en Dios suena como evasión piadosa.

¿Qué significa, pues, confiar en Dios? Significa en primer lugar, citando el Salmo 146, que nosotros no depositamos nuestra esperanza en los poderosos: “No confíen en los príncipes, / seres de polvo que no pueden salvar... / Dichoso... quien espera en el Señor su Dios” (146,3.5).

Nosotros no podemos confiar en las promesas de los poderosos: señores de la política, de la industria, aun de la iglesia.

Naturalmente, es útil contar con buenos líderes, pero en última instancia nosotros no podemos afincar nuestra esperanza del futuro en ningún líder humano quienquiera que sea. Esto

Sin embargo, no todo el mundo se encuentra en estado de desesperanza. Hay algunos signos de esperanza, como los nuevos gobiernos latinoamericanos a favor de los pobres y la elección de Barack Obama en los Estados Unidos. Pero en términos generales los signos que vemos apuntan a un mayor desánimo y decaimiento, a más sufrimiento y miseria para los pobres.

Además, como negros nubarrones de mal augurio se cierne sobre esta situación la amenaza del calentamiento global y el cambio climático, y de la falta de voluntad política para realizar las transformaciones necesarias a fin de salvar al planeta. Quienes trabajan en este campo de preocupaciones comienzan a dudar de si la vida humana habrá de sobrevivir en este planeta – por no hablar de otras formas de vida.

Sin embargo, lo que quiero argumentar es que este giro de la esperanza a la desesperanza no es un desastre. Es una nueva y magnífica oportunidad de desarrollar la esperanza cristiana genuina.

no sólo porque todo ser humano, aun nosotros, es falible, débil y propenso a cometer errores, sino porque –esto es más importante aún– porque ninguno de nosotros, como individuo o en conjunto, es lo suficientemente poderoso y omnisciente para salvar al mundo.

Tampoco podemos afincar nuestra esperanza y confianza en ninguna institución humana cualquiera que sea: partidos políticos, iglesias, gobiernos, empresas eléctricas como Eskom. Todas ellas pueden equivocarse y fallar.

Ni podemos afincar nuestra esperanza del futuro en ninguna ideología sea la que fuere: las ideologías del socialismo o las del libre mercado ni aun en la democracia.

Poner toda nuestra esperanza y confianza en Dios significa que, si bien hemos de valorar y apreciar las contribuciones de los poderosos, las instituciones y las ideologías, al fin de cuentas no hemos de tratarlas como si fueran el fundamento absoluto e incommovible de nuestras esperanzas de futuro. Justamente ahora hemos comenzando a descubrir que poco fiables son todas estas cosas.

La tentación última es no confiar sino en nosotros mismos. “Al parecer yo soy el único que sabe qué es lo mejor para el mundo, lo único que falta es que los demás me escuchen”.

Por otra parte, si uno no confía en nadie ni en nada, ni siquiera en sus propias ideas, la vida se haría completamente imposible. Debo tener al menos algo de confianza en el piloto que conduce

el avión o en los científicos que elaboran la medicina que tomo o en el doctor que diagnostica mi enfermedad. Ninguno es infalible, pero yo me juego un riesgo calculado cuando confío en ellos. Con todo, en última instancia no puedo afincar toda mi esperanza y confianza en ninguno de ellos, ni siquiera en mí mismo.

Hay también, por supuesto, gente cuya confianza en Dios es malsana. Puede convertirse en

una evasión, una manera de rehuir la necesidad de actuar, y de actuar con sabiduría y entereza. Ello depende en buena medida de la manera como vemos a Dios. Pero también depende mucho de las cosas que esperamos. Vivimos en una época de desesperanza no sólo porque la gente ha edificado sus esperanzas sobre fundamentos endebles, sino también porque muchos de nosotros hemos estado esperando cosas vanas.

¿Qué es lo que esperamos?

El objeto de la esperanza cristiana es la venida del Reino de Dios, el reinado de Dios en la tierra. Al rezar el Padre Nuestro rezamos: “Venga a nosotros tu reino, hágase tu voluntad en la tierra”. Nuestra esperanza es que la voluntad de Dios se haga en la tierra.

Mucha gente hoy en día encuentra difícil de apreciar la idea de la voluntad de Dios. Otros, en cambio, son propensos a pensar que saben exactamente qué es lo que Dios quiere y en qué consiste el Reino de Dios.

Hay, con todo, una cosa de la que podemos estar seguros: la voluntad de Dios no es arbitraria. Cuando hablamos de *mi* voluntad a menudo nos referimos a algo arbitrario, a mi elección arbitraria de lo que se debe hacer. Imponerla a los demás sería indudablemente opresivo.

La voluntad de Dios es diferente. Lo que Dios quiere es siempre “el bien común”. Lo que Dios quiere es lo que es mejor para todos nosotros juntos, lo que es mejor para toda la creación. No siempre nos resulta fácil, naturalmente, apreciar qué es lo mejor para todos, pero si nuestros esfuerzos miran a hacer, en cuanto es posible, lo que sirve al bien común, entonces estaremos

haciendo la voluntad de Dios, y en esa medida la voluntad de Dios se está haciendo en la tierra.

Algunos pensarán que lo mejor para todos no es lo mejor para *mí* como individuo, y que lo mejor para mí entrará en conflicto con las necesidades de los demás y con el bien común. Esto no es verdad. Lo que es lo mejor para todos es también lo mejor para mí. En otras palabras, la voluntad de Dios es una manera de decir que lo mejor para todos es también lo mejor para mí – aunque me resulte muy difícil hacerlo.

El objeto de la esperanza cristiana es, por tanto, *el bien común*.

El problema con la esperanza en el pasado es que con frecuencia era esperanza de algo que no habría de servir al bien común de todos los seres humanos ni de toda la creación. El objeto de estas esperanzas ha sido a menudo egoísta e interesado, egocéntrico y estrecho de miras: esperanzas de un futuro mejor para mí, para mi familia y para mi país a expensas de la demás gente; esperanzas de crecimiento económico y altos niveles de bienestar para unos cuantos sin contar con los demás. Esto no es la voluntad de Dios ni el bien común.

Confiar en la acción de Dios

Cuando trabajamos por el bien común (y mucha gente lo está haciendo en el mundo), entonces nuestro trabajo se convierte en participación en el trabajo de Dios. Hemos visto que, como cristianos, el fundamento de nuestra esperanza es Dios y el objeto de nuestra esperanza es la voluntad de Dios. Pero tal vez sería más útil decir que nosotros confiamos en el trabajo de Dios.

Dios obra en todo el universo y siempre ha sido así. Es Dios quien ha dado existencia a todas las cosas y es Él quien sostiene en su acción a todas las cosas en el magno despliegue del universo.

Dios ha actuado a todo lo largo de la historia humana y continúa involucrándose en el mun-

do de la política, la economía, la religión – por no decir lo que llamamos “naturaleza”. Y no menos, Dios actúa en ti y en mí. No existe ningún ámbito de la vida del cual Dios pueda ser excluido.

Esto no significa que todo está bien y que nosotros no somos responsables de lo que sucede en nuestras vidas. Hay obviamente muchas cosas que está mal, es más hay cosas que son de suyo malas. Pero Dios se halla implicado en todo ello en formas que son sumamente misteriosas.

En última instancia, la causa de todo lo que es malo y es pecado reside en el egoísmo humano. No podemos tratar este punto ahora, pero podemos sentirnos reconfortados con la fe de que Dios

siempre actúa pese a todo, y que lo hace de manera tal que todo esto cambiará cuando la voluntad de Dios se haga en la tierra como en el cielo.

La obra de Dios no puede fallar, es totalmente confiable.

¿Dónde está tu Dios?

Todo depende, a fin de cuentas, de nuestra *fe* en Dios y en su acción magnífica. La esperanza se apoya en la fe – en creer en Dios. Si nuestra fe es débil, nuestra esperanza será también endeble. Jesús así lo enseñó reiteradamente: “Tu fe te ha salvado”.

El problema hoy en día es que no es fácil creer en Dios o más bien entender lo que significa creer en Dios. Sin embargo, algunas cosas acerca de Dios son cada vez más claras. Por ejemplo, a propósito del gran problema del sufrimiento en el mundo, hemos cambiado nuestra forma de ver a Dios como *causa* de este sufrimiento, a verlo como quien *permite* que la gente sufra, hasta verlo por fin como *quien sufre* con nosotros. Hemos de encontrar a Dios entre las víctimas de la injusticia, entre aquellos contra quienes cometemos pecados, los pobres y los marginados, los enfermos y los excluidos. Esto fue lo que Jesús nos enseñó. Este es el significado de la crucifixión. Jesús fue víctima de la crueldad humana.

Pero ¿de qué sirve un Dios impotente que sufre? ¿Cómo podemos depositar toda nuestra esperanza y confianza en este Dios? Podemos y debemos hacerlo porque Dios *es* poderoso, todopoderoso, mas no con el poder de la fuerza o la coacción, sino con el poder de la compasión y del amor. El poder opresor de la fuerza bruta y la violencia jamás podrá ser apoyo de la esperanza cristiana. Éste no es el poder de Dios, ésta no es su forma de actuar.

Como lo dije antes, nosotros esperamos contra toda esperanza. Seguimos esperando aun cuando no haya signos visibles de esperanza. Reconocemos la oscuridad y la aparente desesperanza de la situación actual y ponemos nuestra confianza en Dios. Es *entonces* cuando poco a poco, en la medida en que nuestros ojos se adaptan a la oscuridad de la desesperanza, comenzamos a ver los rasgos emergentes y los perfiles de la grande y misteriosa acción de Dios – el dedo de Dios, como Jesús la llama. Éstos son los signos paradójicos de nuestros días que se tornan visibles sólo cuando creemos que Dios actúa en nuestro mundo, cuando aprendemos a contemplar la vida con una actitud de esperanza.

La esperanza cristiana, por tanto, la esperanza que Jesús nos comunicó, significa confiar totalmente en la acción de Dios en todas las cosas, es decir, significa confiar en la bondad de este gran despliegue del universo de cual formamos parte.

Apenas si nos queda tiempo para unos cuantos ejemplos.

Un activista connotado a favor de la paz dijo que tanta publicidad sobre la guerra en Irak ha llevado a un incremento exponencial del número de gente involucrada activamente en los movimientos por la paz en todo el mundo. ¿No será éste el dedo de Dios que saca el bien del mal?

El terrible sufrimiento de tanta gente por los conflictos violentos, los terremotos, los tsunamis y las pandemias como el HIV/SIDA, puede causar desesperanza en algunos, pero también provoca olas enormes de compasión. Lo que el mundo necesita sobre todo es más compasión. ¿No será ésta la obra enigmática de Dios?

El colapso reciente de muchos bancos y corporaciones ha sido atribuido generalmente a la codicia de la gente más rica. Hasta hace poco los millonarios parecían héroes, habían logrado lo máximo. Pero ahora no sólo los pobres los ven como culpables y criminales cuya codicia tenemos que pagar finalmente todos. ¿Este raro descubrimiento no será obra de la providencia misteriosa de Dios?

La reacción de muchos católicos ante los escándalos por los abusos sexuales, su consternación por las víctimas y por la insensibilidad de algunos próceres de la iglesia, han contribuido enormemente a suscitar una conciencia viva de que la iglesia necesita cambiar. ¿No ha sido esto una feliz culpa, una bendición disfrazada?

El llamado al cambio de Barack Obama tal vez no habría recibido una gran acogida en Estados Unidos y otras partes, si no lo hubiese precedido la estupidez del neoconservadurismo de George W. Bush y sus asesores.

Me pregunto ante todo si el momento actual de desesperanza no estará siendo usado por Dios para invitarnos a tenerlo a Él de manera mucho más seria como el único apoyo de la esperanza en el mundo. ¿No estará Dios escribiendo derecho en renglones torcidos, como decía san Agustín?

¿No es esto lo que significa la muerte y resurrección de Jesús? La muerte de Jesús, especialmente su muerte afrentosa en la cruz, hundió a sus discípulos y a muchos otros en un estado de desesperanza. Camino a Emaús los dos discípulos

comentaban: “Nosotros esperábamos que sería él quien habría de librar a Israel”. Pero su rechazo por los líderes, los jefes de los sacerdotes y la gente, derrumbó todas esas esperanzas. En la cruz el propio Jesús se sintió abandonado por Dios: “¿Dios mío, Dios mío, por qué me has abandonado?”.

Pero quienes pese a todo mantuvieron su confianza en Dios, como el propio Jesús lo había hecho, llegaron poco a poco a ver el dedo de Dios actuando en esta tragedia terrible. Comenzaron por ver que Jesús estaba vivo y activo de una manera sorprendentemente nueva; que había resucitado de entre los muertos y que su Espíritu habitaba ahora en ellos. Vieron que la cruz no había sido un fracaso total, que era paradójicamente el triunfo de la acción de Dios en el mundo; que la cruz era nuestra salvación y nuestra esperanza del futuro.

Tenemos aquí de nuevo a Dios que escribe derecho en renglones torcidos.

Ésta es la razón por la cual la resurrección es para los cristianos el gran símbolo de nuestra esperanza. No es el fundamento de nuestra esperanza. El fundamento de nuestra esperanza es Dios, únicamente Él. La resurrección es el dedo de Dios que podemos ver en acción *cuando* ponemos nuestra esperanza y confianza en Él, *cuando* comenzamos a entrever confusamente en la oscuridad que Jesús sigue actuando en nuestro mundo.

Lo que en verdad cuenta a largo plazo, sin embargo, no es sólo que alentemos una esperanza sino que *actuemos con esperanza*. La contribución más valiosa que un cristiano puede hacer a nuestra época de desesperanza consiste en seguir actuado, en virtud de nuestra fe, con esperanza, y en ser de ser así un poderoso estímulo para quienes han perdido toda esperanza.

[Traducción de Francisco Quijano]